



Gideon,
MI PROFESOR
IMPOSIBLE



ANNE K. AUSTEN

Prólogo



Pienso, luego existo

René Descartes.

Siempre soy la primera en llegar. Es una ridícula rutina que me he autoimpuesto sin justificación, como si hacerlo me garantizara la elección de decisiones acertadas o alguna inspiración divina capaz de iluminarme. Es evidente que no es así, y soy incapaz de poner en orden mis pensamientos o mis intenciones. Jamás. Razón fundamental por la que estoy cursando artes liberales en el *Prescott Collage* en vez de optar por una carrera profesional de un área específica en una universidad.

A punto de finalizar mi tercer año y con miras en el último curso, sigo perdida en una gran diversidad de materias y áreas de conocimiento sin encontrar mi verdadera vocación. Solo sé que

me gusta estudiar y se me da bien, pero no tengo ni idea de qué quiero hacer con mi vida. Lo más probable es que nunca lo haya sabido. Desde niña las preguntas de los adultos sobre qué quería ser de mayor solo me generaban más preguntas y dudas: «¿Tengo que elegir? ¿Por qué? ¿Y si me equivoco? ¿Solo puedo ser una cosa? ¿Y si me aburre?».

Debe de haber alguna especie de tara en mi programación. Un error de pensamiento que me impide resolver y aceptar lo inalienable.

Por eso me gusta llegar la primera. Recorro el pasillo antes que nadie y elijo un asiento distinto en el aula cada vez, con esa torpe esperanza de que una nueva perspectiva me ayude a centrarme.

Me gusta ese silencio entre la algarabía propia de las clases, como un remanso o un oasis entre millas de arena. Traspaso el umbral incluso antes que el docente de turno. Luego los observo preparar sus clases con curiosidad. Siempre ha sido así desde el comienzo, y nunca con anterioridad me he encontrado con la puerta abierta.

Linda, del departamento de filosofía, no es precisamente la más puntual o diligente. Me sorprende que hoy sí.

Frente al hueco de entrada, me quedo impertérrita y quieta sin comprender exactamente qué es lo que estoy viendo. Mis ojos primero se detienen en la gruesa cuerda que cuelga desde el techo pendiente de una robusta viga, pensando que debe de ser realmente resistente, y bajo por sus fibras trenzadas hasta el cuello que rodea, delicado y endeble en comparación.

Grito.

No sabía que podía hacerlo tan alto y desgarradoramente. Nunca hasta ahora había sentido la necesidad de desgañitarme. Oyes esos gritos en las películas y eres consciente de que tú solo en tu casa no podrás hacerlo a ese volumen sin que se te tomen

por un demente, así que, o esperas a estar un día en lugar alto y solitario, o te conformas con vociferar un poco.

Tampoco sabía que la garganta duele tras un grito así y arde en las cuerdas vocales y, lo más importante, ignoraba que la sonriente y dicharachera Linda tuviera tendencias suicidas.

Me deshago de los bultos en mis brazos y corro al centro del aula. Con torpeza intento elevarla por las piernas, tratando de destensar la cuerda que la asfixia mientras pido ayuda, pero en esa mañana calurosa de desconocimiento, hay algo que sí sé con seguridad, y es que ese color grisáceo de la piel no pertenece a los vivos.

Capítulo 1



*El ignorante afirma,
el sabio duda y reflexiona.*

Aristóteles.

—Te quiero, Selene. No te vayas.

Está borracho y lo más seguro es que yo también. Al menos, hemos bebido suficiente líquido como para dejar seco el río Amazonas.

—Sí, me quieres tanto que la mejor forma de demostrarlo ha sido dejarme por mi mejor amiga —respondo echando un vistazo a la susodicha igual de desmadejada y afectada por el alcohol.

—Nunca estuve a tu altura —me responde Ian—. Eres demasiado inteligente, complicada y confusa. Christine me complementa más.

—Las relaciones no tratan sobre complementar a una persona con la otra —refunfuño—. Ni tampoco de basar en un platónico y absurdo ideal de conexión perfecta el vínculo entre dos personas. La humanidad es imperfecta, ¿cómo vamos a pretender que nuestras relaciones no lo sean?

—¿Lo ves? No tengo ni idea de lo que dices.

Resoplo indulgente. No soy capaz de guardarles rencor a ninguno de los dos. Se enamoraron, ¿quién soy yo para enfadarme por una emoción tan poco lógica e improvisada que escapa a cualquier control? El sentimiento de afecto no conlleva la adquisición de los derechos de una persona por mucho amor que se haya compartido. Yo no soy nadie para decidir a quién deben querer o a quién no.

Nunca hubo engaño entre nosotros. Nos sentamos a hablarlo cuando fue evidente que yo era la tercera en discordia y ahora ambos son mis mejores amigos. Y no, no hacemos tríos. Siento no poder alimentar con más rigor los rumores y los infundios de las mentes más calenturientas de este colegio universitario.

Para ser sincera, lo que más echo de menos de mi relación con Ian es precisamente el sexo. Exploramos y descubrimos juntos nuestra sexualidad como si fuera un juego, lleno de errores que de vez en cuando nos llevaba a algún acierto, titubeos, dudas y nuevos descubrimientos que siempre evolucionaban en algo nuevo.

—¡Calla! No le hagas sentir culpable por ser mejor que nosotros y sigue con el juego. Te toca: verdad o prenda —increpa Christine, con la lengua pesada y torpe, a un tonto Ian.

—No puedo creer que estemos jugando a esto —intervengo.

—Verdad —interrumpe Ian, ignorándome.

—¿Cuál es tu postura favorita? —le pregunta ella.

Estoy segura de que esto acabará en una serie de confidencias y carantoñas entre ellos que harán que se olviden de que no están

solos, pero Ian me lanza una mirada rápida y significativa que Christine advierte.

Si no la conociera tan bien, su sonrisa y sus ojos llenos de picardía me habrían engañado, pero soy capaz de percibir que su sonrisa se mantiene espigada a duras penas y su cuerpo se ha tensado imperceptiblemente.

Su relación apenas acaba de empezar y ella sabe que el sexo entre nosotros era genial. Ellos no han tenido tanto tiempo para experimentar, y no sabía que eso le causaba inseguridad.

—Cualquiera contigo —responde complaciente él.

—¡Menuda estupidez! Eres bobo, Ian —comenta Christine escéptica—. Debes ser sincero.

—Tú sí que eres tonta. Esa es la única verdad. ¿Crees que me importa la postura? Lo que me gusta es estar contigo.

—Estás borracho y cuando lo estás, te pones zalamero.

—Sí, lo estoy, pero eso no cambia lo que siento.

Me levanto demasiado rápido y me tambaleo un poco, lo que saca a mis acompañantes de su memo parloteo.

—No te vayas, por favor —insiste Ian.

—¡Por Dios! Solo voy al baño.

Me alejo de la mesa que ocupamos y me dirijo hacia la puerta de salida. Lo cierto es que solo era una excusa para tomar distancia entre ellos y yo. Que les disculpe o les haya perdonado no quiere decir que tenga que tragar con todas sus edulcoradas carantoñas. A veces, parece que se olvidan de que yo he perdido con sus ganancias.

Dejo a un lado los servicios. De todas formas, prefiero no entrar en ellos. No soy muy tiquismiquis, pero no está de más exigir un poco de higiene. Claro que sabíamos perfectamente lo que ofrece este tugurio cuando hemos venido: alcohol en mansalva y la oportunidad de descontrolarnos sin testigos ante los que sentirnos avergonzados al día siguiente.

Un foco único alumbra el pavimento a medida que una motocicleta se acerca al aparcamiento del *pub*. No pestañeo mientras un tipo enfundado en una chaqueta de cuero oscuro se baja del vehículo. Este lugar está lleno de motoristas, aunque pocos presentan el buen aspecto que concentra este. Pelo revuelto con claros destellos dorados, mandíbula cuadrada y pronunciada y ojos fríos y claros.

«¡Mierda! Su belleza es deslumbrante. Me duelen los ojos con solo mirarlo».

—¿Puedo? —me pregunta al llegar a mi altura con cierta arrogancia.

Me doy cuenta de que sigo frente a la puerta, obstruyendo la entrada. Me aparto y cuando el tipo pasa a mi lado, inhalo sin pretenderlo un penetrante y atractivo olor a sándalo que cosquillea agradablemente en la punta de mi nariz.

Estoy lo suficiente bebida para sentirme atrevida y seguirle con la mirada descaradamente, clavando mis ojos en su ancha y esbelta espalda y en un estupendo trasero. Por alguna razón, «¿destino?, ¿hambre?»», una cuerda invisible une mi cuerpo al suyo y le sigo al interior a una distancia prudente.

No es cuestión de parecer muy desesperada o una acosadora, si bien es cierto que mi curiosidad ha despertado de una larga hibernación gracias a ese tipo. Y quien dice curiosidad, dice... otras cosas.

Camino tan sumamente distraída que apenas me doy cuenta de que mi brazo choca con el de un individuo con brusquedad. Para desgracia de los dos, nuestro encuentro derrama el contenido de su vaso encima de ambos. El olor no deja lugar a dudas: es cerveza barata.

—¡Oh, lo siento! Perdóname —me apresuro a disculparme sacudiendo mi brazo empapado.

—¡¡Mira lo que has hecho!! ¿¡Es que estás ciega, zorra!?

Lo miro anonadada. Es enorme, está lleno de tatuajes y a simple vista no parece dispuesto a dejar el encontronazo en una simple anécdota. Lo peor es que ya se me ha calentado la sangre en las venas y mi boca reacciona antes que mi sentido común.

—¡Oye! ¡Que me he disculpado, capullo!

—¿Me has insultado!? —me responde aún más airado y con una postura corporal lo suficiente amenazadora como para ponerme en guardia.

Tengo cuatro hermanos. Todos ellos son chicos. Si a eso le añado que me he criado en un pueblo texano donde todos se creen John Wayne y solo saben resolver las disputas a puño limpio, puedo profetizar con suma exactitud cuando alguien busca pelea.

—Deberías atar en corto a tu puta —le recrimina al tipo de buen ver que se acaba de volver para echar un vistazo a la reyerta.

Él pone cara de circunstancias antes de dirigir su mirada azulada hacia mí con regocijo, aunque esa expresión le dura poco. Sus ojos se mueven en una nueva dirección cuando advierte cómo los amigos del grandullón toman posiciones tras su espalda. Yo lo veo y estoy dispuesta a subir la apuesta. No me gusta que los tipos con problemas de actitud se salgan con la suya y crean que el mundo les pertenece para hacer lo que les viene en gana sin ninguna consideración por el prójimo. Contengo los puños a los lados de mi cuerpo. El recién llegado responde con tranquilidad:

—No es mía. Solo estoy de paso.

«¡Menudo héroe!». Su respuesta baja toda mi «curiosidad» por él.

—¿No será que eres un cobarde?

—Mira, ella ya se ha disculpado —comienza a decir imperturbable—. Realmente, ¿es necesario ofender de esa manera o enfadarse por algo tan insignificante? No busco pelea, amigo.

Como que me da igual lo que tenga que decir este tío a estas alturas y su afán pacificador.

—¿¡Me has llamado puta, maldito simio!? ¿Quién coño te crees que eres? ¡Cómo si se fueras a notar un poco más de mierda entre toda la mugre que llevas encima!

Estoy preparada para que intente algo. Cuento con ello y me agacho para evitar el impacto de su puñetazo, pero oigo un gemido adolorido tras mi espalda y me giro sorprendida para descubrir que el pacificador acaba de recibir el golpe que iba dirigido a mí. No sé en qué momento se ha colocado en esa posición y a santo de qué, pero el error ha sido suyo.

Me mira desde el suelo con resentimiento, sujetando su mandíbula como si pudiera caérsele.

Esa distracción me la juega y no soy capaz de evitar que el simio me sujete del pelo y tire de mi cuerpo hacia él.

—¡¡Quítale las manos de encima a mi novia!! —grita Ian antes de caer sobre otro tipo que parece decidido a unirse a la reyerta.

—¿Tu novia, Ian? ¿En serio? —oigo levemente quejarse a Christine.

Eso me ayuda a encontrarla escondida bajo una mesa.

—¡Joder! ¡Exnovia! —corrige esquivando un puñetazo de un contendiente que pasa a su lado.

—Nadie quiere responsabilizarse de ti. Eso debe ser porque eres una verdadera zorra —me restriega mi atacante.

Demasiado pesado y lento para mí, no tiene tiempo de asimilar cómo mi codo se estrella contra su garganta. Aunque el daño es nimio, la sorpresa hace que me suelte.

—¡Ian! ¡Coge a Christine y sal de aquí! —le grito.

—Pero ¡qué cojones! —ruge el desconocido ya en pie junto a mí.

Me agarra por la cintura y me levanta para hacerme a un lado. Se abre camino como el ángel vengador hasta el orangután de la cerveza barata. Le agarra de la pechera de la camiseta y lo estampa

contra la pared con fuerza, pero otro de los motoristas le agarra del hombro y trata de darle la vuelta.

Me abalanzo sobre este último tipo y sobre su espalda como un mono araña. Clavo mis dedos en su cara, en sus ojos probablemente porque el alarido que quiebra su garganta es estremecedor.

—¡Maldita sea! ¡He dicho que no buscaba pelea! —vocifera mi nuevo adalid antes de lanzar su brazo a diestro y siniestro sobre los gorilas que nos amenazan.

Me mira un segundo con cara de pocos amigos y una expresión tan resentida que tengo que tragar saliva, sobre todo al comprobar que los puños de este tío no son ninguna broma. He visto un sinfín de peleas, pero nunca había visto pegar como lo hace él. Estoy segura de que esa actitud inicial pacificadora solo era una fachada. Pelea como nadie. Algo le posee, le domina y el resultado es todo un espectáculo. Es intimidante como el infierno.

Él solito se sacude de encima a tres simios, con un tamaño no despreciable, mientras yo tengo que equiparme con un palo de billar y subirme a la mesa para mantener alejadas las posibles amenazas. Al otro lado, Ian me hace señas para que le siga mientras recoge a Christine; sin embargo, mi vía de escape no es nada clara.

Sacudo a alguien con el palo y eso hace que el tipo duro de los ojos claros se habrá camino hasta mí. Sin ningún miramiento rodea mis piernas a la altura de las rodillas con un brazo y me echa sobre su hombro.

Veo el mundo al revés, la tierra está arriba y el cielo abajo. Soy arrastrada hacia algún lado, probablemente hacia la salida. Percibo un olor corporal refrescante, como recién salido de una ducha, lo que es verdaderamente chocante, dado el ejercicio que acaba de marcarse este tipo blandiendo puños.

—Dime que tienes un vehículo cerca para poder salir de aquí —le oigo pronunciar con voz grave, aunque doy por hecho que no se dirige a mí cuando responde Ian:

—Sí, aquel rojo.

—¡Oye! Puedes bajarme ya —reclamo mientras continúo siendo acarreada como un saco de patatas.

—No pienso soltarte hasta que estés encerrada en ese coche camino de poner entre nosotros la mayor distancia posible. ¿Quién te has creído que eres? ¿*Terminator*?

—Y eso lo dice el hombre de acero.

No me responde, pero me deja caer con muy poca delicadeza sobre el asiento trasero del coche de Christine, la que no suele tomar alcohol.

—¿Alguno de vosotros está en condiciones de conducir?

Nos miramos entre nosotros tres como si en realidad pudiésemos descubrir de repente que ninguno ha bebido en exceso. Superman se lleva las manos a la cara y resopla compungido.

—¡Mierda! Insensatos, mentecatos, atolondrados. Dadme las llaves y acabemos con esto cuanto antes.

Se hace con ellas de las manos de mi amiga con muy malas pulgas y se pone tras el volante. Ian apenas tiene tiempo de sentarse en el lado del copiloto cuando ya ha arrancado y tomado camino hacia la carretera.

—Tendrás que indicarme dónde dejaros —exige irritado.

—Cerca de *Prescott College* estaría bien —le responde Ian fro-tándose un brazo probablemente magullado.

Nos volvemos sorprendidos hacia nuestro conductor improvisado al escuchar el gemido atormentado que surge profundo de su pecho.

—Dime que no sois estudiantes allí —casi suplica.

Ian afirma con la cabeza casi con lastima. No tenemos claro por qué, pero algo nos dice que esa confirmación despierta demonios en el hombre de acero.

—Por todos los fuegos del infierno.

Christine y yo nos miramos realmente preocupadas cuando se da un cabezazo con el volante.

«¿Estamos seguras en manos de este demente?», dicen sus ojos.

Elevo los hombros sin respuesta hasta resolver el misterio que entraña este tipo.



Los comienzos de curso siempre son caóticos y ruidosos. La escuela universitaria a estas alturas parece una selva tropical llena de especies y subespecies realmente llamativas e interesantes. La mayoría muy vistas, porque estos centros de educación superior se caracterizan por tener un reducido número de alumnos. En realidad, es una ventaja, ya que hace que exista un mayor énfasis en la formación y el intelecto general de los estudiantes.

En resumen, aquí están los jóvenes que aún no se han decidido por una carrera determinada, no saben qué hacer con su vida, pero quieren seguir cultivándose y aumentar las habilidades de pensamiento crítico universal. En las artes liberales se forman estudiantes completos porque introducen a sus alumnos en todas las áreas de estudio.

La mayoría de ellos se trasladan a una carrera específica antes del cuarto curso o prosiguen con la intención de continuar con un postgrado definido como en el caso de Ian y Christine, quienes tienen decidido dedicarse a la enseñanza. Buscarán un título de maestría tras su licenciatura. Están convencidos de que ese es también mi camino, pero yo no quiero enseñar, quiero aprender.

Tendemos a pensar que debemos quedarnos o elegir lo que nos convence sin saciarnos, pero me niego a acomodarme. Hay demasiadas preguntas por responder, demasiadas experiencias

por vivir y conocimientos que adquirir. Tengo una sed insaciable y voraz por saber, ver, tocar, sentir y descubrir más y más. No puedo simplemente decidirme y enfocar todas mis inquietudes en una sola opción.

Aún más importante, este año ronda por el campus, como esa nube invernal que oscurece un día de sol, el suceso acontecido a finales del curso pasado: el supuesto suicidio de la profesora Linda, y digo supuesto porque las circunstancias que rodean su ahorcamiento no son claras según algunas fuentes no oficiales.

Digamos que haber sido la primera en descubrir su cadáver me ha colocado un foco directamente sobre la cabeza. Un montón de chismosos y entrometidos se acercan a mí en busca de información y detalles escabrosos. «¡Estoy harta!». Aunque no negaré que todo este asunto ha despertado cierto interés indagador en mí también. Culpa probablemente de un gen atávico heredado de mi abuelo el sheriff o puede que simplemente tenga esos rasgos tan felinos, como insiste mi familia en asegurar, y no puedo superar la terrible curiosidad que me ha provocado este incidente.

Sí, ¿conocéis a esos gatos de pelaje oscuro, rasgados y brillantes ojos verdes, ariscos, con poca predisposición a cooperar y que solo aprenden lo que realmente les interesa? Pues esa definición es la que me persigue desde que tengo uso de razón. No ayudan a deshacerme de ese estigma mi pelo moreno, mis ojos felinos y mi carácter ambivalente y, el que mi mellizo sea la síntesis de un cachorro cariñoso, juguetón y fiel hace que mi acepción gatuna se afle aún más. Esta peculiaridad y diferencia de caracteres no hace que nos llevemos como el perro y el gato. Al contrario, adoro a Declan y basta decir que yo soy su hermana favorita. Dado que somos cinco es una hazaña bastante destacable, pero soy la única chica y su melliza, así que, por otro lado, es lo lógico.

—No puedo creerlo —comenta como una exhalación Christine a mi lado—. ¿Ese no es el tipo del otro día? ¿El del garito de motoristas que repartió porrazos a diestro y siniestro?

Levanto la vista de mi mesa y miro con pasmo a la persona que acaba de entrar en el aula y se dirige con presteza al lugar del docente.

Pese al corte de pelo profundo, la gafas y la falta de cuero, no hay duda de que se trata del mismo hombre que cargó conmigo sobre su hombro y nos sacó de mala gana de la pelea para desaparecer a gran velocidad tras el viaje en coche.

Los mismos ojos claros se posan en mí, luego en Ian y Christine tras abandonar el papeleo que revisan sobre su mesa de profesor con una expresión resignada.

—¿Este es nuestro profesor de Filosofía? —pregunta Rita incrédula a mi espalda—. ¡Oh, mi dios! Agradezco a la benevolente Linda que decidiera que ya era hora de expirar.

Le echo un vistazo escéptico por encima de mi hombro.

—¡No me mires así, moralista! Estoy segura de que piensas lo mismo. No te vendría mal un buen garbeo. Desde que te ha dejado el pringado este, estás achafanada.

—No te adelantes, Rita. Las relaciones profesores- alumnos están prohibidas en este centro. Van contra las normas —se apresura a añadir el pringado.

—Eso díselo a Linda. Dicen las malas lenguas que su final tuvo mucho que ver con el *affaire* que tuvo con un alumno.

—¿En serio? ¿Dónde has oído eso? —pregunto, volviéndome hacia ella intrigada.

—Tengo mis fuentes, mosquita muerta. Ahora quita de en medio y déjame ver bien a ese monumento.

—Es por la erótica del poder, Rita. No es para tanto —miento descaradamente sin dejar de mirarla.

Un carraspeo a mi espalda y la sonrisa amplia y divertida de Rita me arrojan una pista sobre quién es la persona de la que procede ese sonido. Lo de ponerse tras de mí comienza a ser demasiado habitual para lo poco que nos conocemos.

Me giro y me siento de forma adecuada en la silla frente a él con la mirada baja. No imaginaba que lo tenía casi sobre mi mesa.

—Gracias por su atención. A primera vista, incluso para mí, su conversación parece más interesante que lo que este modesto profesor tenga que decir, pero trataré de no aburrirla.

Levanto la mirada con recelo, ignorando las risitas flácidas de mis compañeros, y me encuentro con una expresión de regocijo en su rostro que de alguna forma dulcifica sus facciones. Ahora que la luz entra por las ventanas y lo tengo a dos palmos de distancia soy capaz de apreciar el azul cerúleo de sus ojos y las motas doradas que rodean sus pupilas. Pese al corte de pelo, lleva una ligera barba con destellos ámbar y su atuendo no parece demasiado formal para un docente: camiseta simple de manga corta y vaqueros desgastados.

—¿Su nombre es...?

—Selene, Selene Sweeney —contesto diligente.

—¿En serio? ¿Tiene usted algún inconveniente con el resto de las vocales? —comenta mordaz con una ceja alzada mientras rebusca algo entre los papeles que lleva en la mano.

Puedo oír la risa de hiena de Rita tras mi espalda como un sonido irritante e insidioso.

—No —respondo secamente.

Le observo leer con atención lo que probablemente sea un informe detallado sobre mi compleja personalidad y mis nada insignificantes logros académicos. Levanta los ojos de las hojas hacia mí pensativo y vuelve de nuevo.

—Bueno, estupendo. Un problema menos, lo que no es nada despreciable dado su historial...

Antes de seguir, debo aclarar que yo no persigo los problemas, ellos me encuentran por una estrambótica y sistemática mala organización del azar. De alguna manera, siempre me encuentro dentro del ojo del huracán. No lo entiendo, porque yo busco una existencia pacífica y relajada, y es lo que procuro, pese a que los demonios me lleven en algunas ocasiones y toda mi buena voluntad se quede atascada tras ellos como una bagatela en un caño a rebosar de agua. Los contratiempos me acechan y me rodean. No es algo que pueda evitar.

Lanzo una mirada airada a Landon y su creciente carcajada. Juro que ese tío hace que mi puño tiemble con ansias de encontrarse con su enorme e inmutable ego.

—Lo que tú digas, hombre de acero —mascullo a media voz a mi nuevo profesor ignorando a Landon sin intención de ser oída.

Una llamarada en sus ojos me confirma que he sido escuchada y me revuelvo en la silla bajo su mirada. Hay algo en él que despierta una señal de alarma en mi cuerpo. Una ligera inquietud que me persigue y parece susurrarme que algo en ese hombre no es lo que parece o lo que quiere aparentar.

—Mi nombre es Gideon, profesor Gideon para vosotros —declara alto y claro de cara a sus nuevos alumnos—. Me he incorporado al Departamento de Filosofía y os impartiré esa asignatura durante este curso. Sé que existe la idea de que la filosofía no sirve para nada —comenta y eso hace aflorar algunas sonrisas—, pero espero poder demostraros que sí.

»La filosofía es la base del conocimiento, una herramienta práctica para crear individuos más apegados a la reflexión, a la crítica constructiva y la razón. En mis clases aprenderéis a pensar por vosotros mismos, rescatando la importancia de los valores y rechazando el adoctrinamiento.

»La ciencia, el lenguaje o las matemáticas están muy bien para entender muchas cosas prácticas, pero no os enseñarán a com-

prender o regir las emociones ni a analizar el sentido del todo —explica con soltura.

La verdad es que su actitud dista mucho del tipo hosco del bar. Me sorprendo poniendo los codos en la mesa y la barbilla sobre mis manos para escucharle atentamente.

—No os toméis mi asignatura a la ligera. Seré riguroso. Las clases serán totalmente dinámicas y quiero una absoluta participación en cada una de ellas. Durante mis lecciones ninguna pregunta o respuesta se considerará estúpida y se respetarán todas las ideas por antagónicas que sean. Me niego al sermón y la perorata como vehículo para lograr una educación efectiva, pero a cambio os exigiré implicación, profundidad y dedicación.

»El cambio social que necesita la sociedad está aquí, en vosotros, en las aulas, en la forma de educar y convertirnos en personas reflexivas, independientes, creativas, capaces de argumentar, de aceptar sus errores, de ser solidarios y tolerantes. Eso es tan o incluso más importante que cualquier otra especialidad.

Por costumbre e inercia, intercambio una mirada con Ian por encima de la cabeza de Christine, sentada entre ambos, que más o menos viene a decir: «Guauuuuuu».

No esperaba esto del hombre de acero. No parecía muy reflexivo ni razonable ni tolerante la otra noche, aunque la pasión con la que habla de su asignatura es muy similar a la que utiliza para afilar sus puños en la cara de algún alma en pena.

—Creo que he mojado las bragas —susurra Rita a mi espalda de manera agonizante.

No puedo evitar reírme lo que hace que Gideon, circunspecto, eleve las cejas de forma censurable.